

## La religión anónima del ateísmo, Slavoj Zizek<sup>1</sup>

En la furiosa turba musulmana nos encontramos con el límite de la tolerancia multicultural del liberalismo, de su propensión a autoinculparse y su esfuerzo por «comprender» al otro. El otro se ha convertido en un otro real, real en cuanto a su odio. Aquí está en esencia la paradoja de la tolerancia: ¿hasta dónde puede llegar la tolerancia respecto a la intolerancia? Todas esas fórmulas hermosas, políticamente correctas y liberales sobre cómo las caricaturas de Mahoma eran insultantes e insensibles, aunque las reacciones violentas a las mismas eran también inaceptables, acerca de cómo la libertad trae consigo una responsabilidad y que no se debería abusar de ella, muestran sus limitaciones. ¿Qué es esa famosa «libertad con responsabilidad» sino una nueva versión de la vieja paradoja de la elección forzada? Se te concede la libertad de elección a cambio de que hagas la elección acertada; te dan libertad siempre que no la uses realmente. ¿Cómo podemos romper este círculo vicioso de oscilación eterna entre los pros y los contras que lleva a la razón tolerante a un punto muerto debilitador? Sólo hay un modo: rechazando los términos en que se plantea la cuestión. Como Gilles Deleuze subrayó en repetidas ocasiones, no sólo hay soluciones correctas y equivocadas a los problemas, también hay problemas correctos y erróneos. Percibir este problema como una cuestión que atañe a la correcta medida entre el respeto por el otro frente a nuestra propia libertad de expresión es una mistificación. No resulta sorprendente que, tras un análisis más detallado, ambos polos revelen su secreta solidaridad. El lenguaje del respeto es el lenguaje de la tolerancia liberal, y el respeto sólo tiene sentido como respeto hacia aquellos con los que no estoy de acuerdo. Cuando los musulmanes ofendidos piden respeto por su otredad, están aceptando el marco del discurso tolerante liberal. Por otro

---

<sup>1</sup> Extraído del libro *Sobre la violencia. Seis reflexiones marginales*. Ed. Paidós, 2009.

lado, la blasfemia no revela sólo una actitud de odio, de intentar golpear al otro donde más le duele, en el núcleo fundamental de su creencia, sino que, en sentido estricto, es también un problema religioso, pues sólo funciona dentro del marco de un espacio religioso.

Lo que se esconde en el horizonte si evitamos este sendero es una perspectiva de pesadilla, una sociedad regulada por un pacto perverso entre los fundamenta-listas religiosos y los políticamente correctos apóstoles de la tolerancia y el respeto por las creencias del otro: una sociedad inmovilizada por la preocupación de no herir al otro, no importa cuán cruel y supersticioso sea y qué tipo de individuos estén implicados en rituales periódicos de «consagración» de su victimización. Cuando visité la Universidad de Champaign, en Illinois, me llevaron a un restaurante donde ofrecían patatas de la Toscana. Pregunté a mis amigos acerca de tan curioso plato y me explicaron que el propietario había querido mostrarse como un patriota desde que se había conocido la oposición francesa al ataque de Estados Unidos a Irak, así que hizo caso al Congreso estadounidense y llamó a las patatas fritas [*French fries*] «patatas de la libertad» [*Freedom fries*]. Pero los docentes progresistas de la universidad (la mayoría de sus clientes) amenazaron con boicotear el local si las patatas de la libertad permanecían en el menú. El propietario no quería perder a sus clientes, pero quería seguir pareciendo un patriota, así que inventó un nuevo nombre, «patatas de la Toscana» [*Tuscany fries*]. Éstas tenían la ventaja añadida de recordaban tanto a Europa como la moda de películas idílicas acerca de la Toscana.

En una jugada parecida a la del Congreso estadounidense, las autoridades iraníes ordenaron a las pastelerías cambiar el nombre «pasta danesa» por «rosa de Mahoma». Sería interesante, sin embargo, vivir en un mundo donde el Congreso de Estados Unidos cambiase el nombre de las patatas fritas por el de patatas de Mahoma, y las autoridades iraníes transformasen las pastas danesas en rosas de la libertad. Pero el previsible futuro de la tolerancia nos hace

pensar que nuestros comercios y restaurantes se llenarán de versiones de las patatas de la Toscana.

A lo largo de los últimos años se ha desarrollado un debate público en mi originaria Eslovenia: ¿pueden los musulmanes, en su mayoría trabajadores inmigrantes de la antigua Yugoslavia, construir una mezquita en Liubliana, la capital? Mientras los conservadores se opusieron a la mezquita por razones culturales, políticas e incluso arquitectónicas, el semanario *Mladina* se convirtió en el más consistente y enérgico apoyo a la mezquita, siguiendo su línea habitual de apoyo a los derechos civiles y sociales de la población de la antigua Yugoslavia. Como era de esperar, en concordancia con su actitud libertaria, *Mladina* fue también el único medio que imprimió las caricaturas de Mahoma. Y, a la inversa, los que desplegaron la mayor «comprensión» hacia las violentas protestas musulmanas fueron precisamente los que expresaron reiteradamente su preocupación por la Europa cristiana.

El paralelismo que evocaron estos conservadores estaba relacionado con un escándalo ocurrido en Eslovenia hace unos años. Un grupo de rock llamado Strelnikoff imprimió un póster en el que anunciaban su concierto con una pintura clásica de la Virgen María y el niño Jesús, pero con una vuelta de tuerca adicional: María sostiene en su regazo una rata en vez de a su hijo. El punto clave del paralelismo era, desde luego, reprender las caricaturas que se burlaban del cristianismo junto a las de Mahoma. Asimismo, los conservadores aprovecharon la oportunidad para llamar la atención sobre la distinta reacción de las comunidades religiosas afectadas como un argumento en favor de la diferencia de civilizaciones. Europa surgía como algo superior, puesto que nosotros, cristianos, nos limitamos a protestar verbalmente, mientras que los musulmanes reaccionaron asesinando y quemando.

Tales extrañas alianzas enfrentan a la comunidad musulmana europea a una elección difícil que resume su posición paradójica: la única agrupación política que no les reduce a ciudadanos de segunda clase y les permite ocupar el espacio necesario para desplegar su identidad religiosa es la de los

liberales ateos, mientras que los que están más cerca de su práctica social y religiosa, su imagen-espejo cristiana, son sus más acérrimos enemigos políticos. La paradoja está en que sus verdaderos aliados no son los que publicaron primero las caricaturas, sino los que, en solidaridad con esa libertad, volvieron a imprimir las caricaturas de Mahoma.

Es necesario recordar en este punto el análisis que hizo Marx del enfrentamiento político de la Revolución francesa de 1848. El Partido del Orden, en el poder, era una coalición de dos sectores monárquicos, los borbónicos y los orleanistas. Ambos eran, por definición, incapaces de llegar a un consenso respecto a la Corona francesa, puesto que sólo se puede apoyar a una casa real determinada. El único camino para que ambos se uniesen era hacerlo bajo la bandera del «reino anónimo de la República». En otras palabras, el único modo de ser leal a la Corona era ser republicano. Lo mismo vale para la religión. Uno no puede ser religioso sin más: es preciso creer en algún (algunos) dios(es) en detrimento de otros. El fracaso de todos los esfuerzos por unir religiones prueba que el único modo de ser religioso en términos generales es bajo la bandera de la «religión anónima del ateísmo». Como demuestra el destino de las comunidades musulmanas en Occidente, sólo se puede prosperar de esa manera. Hay por tanto una especie de justicia poética en el hecho de que las protestas en todo el mundo musulmán contra la Dinamarca infiel fuesen seguidas inmediatamente de una violencia creciente entre suníes y chiíes, las dos facciones musulmanas de Irak. La lección que hemos aprendido de los totalitarismos queda explicitada aquí: la lucha contra el enemigo exterior tarde o temprano se convierte en una fractura interna y en lucha contra el enemigo interior.

Después de todos los argumentos que han proclamado recientemente el retorno «postsecular» de lo religioso, los límites del desencantamiento y la necesidad de redescubrir lo sagrado, quizá lo que necesitamos en realidad es una dosis del buen ateísmo de siempre. Las protestas causadas por las caricaturas de Mahoma en las comunidades musulmanas nos proporcionan una prueba más de que las creencias religiosas

son una fuerza que debe ser tenida en cuenta. Por deplorable que pueda ser la violencia de las masas musulmanas, parece recordarnos que los libertarios occidentales, tan temerarios como cínicos, deben aprender también algo de todo lo sucedido: ahí se encuentran los límites del desencantamiento secular. O eso se nos ha dicho.

Pero ¿es ésta realmente la lección que debe aprenderse de los asesinatos, saqueos e incendios hechos en nombre de la religión? Durante mucho tiempo se nos ha dicho que, sin religión, somos meros animales egoístas que luchamos por nuestra supervivencia, que nuestra única moralidad es entonces la de la manada de lobos y que sólo la religión puede elevarnos a un nivel espiritual mayor. Hoy día, al tiempo que la religión emerge como la fuente principal de violencia homicida en el mundo, uno se cansa de oír tantas afirmaciones acerca de que los fundamentalistas cristianos, musulmanes o hindúes sólo están abusando y pervirtiendo el noble mensaje espiritual de su credo. ¿No es el momento de restaurar la dignidad del ateísmo, quizá nuestra única oportunidad de conseguir la paz? Por lo general, allí donde aparece la violencia inspirada en motivos religiosos, echamos la culpa a la violencia misma: es el agente político violento o «terrorista» el que «abusa» de una religión noble, así que se trata de rescatar el núcleo auténtico de una religión de su instrumentalización política. ¿Y qué sucedería entonces si uno corre el riesgo de invertir esta relación? ¿Y si lo que aparece como una fuerza moderadora, convenciéndonos de que controlemos nuestra violencia, es su instigador secreto? ¿Y si en vez de renunciar a la violencia tuviéramos que renunciar a la religión —incluidas sus reverberaciones seculares como el comunismo estalinista, con su dependencia del gran otro histórico— y perseguir la violencia en sí, asumiendo nuestra plena responsabilidad sin ninguna cobertura bajo la figura del gran otro?

A menudo se afirma que toda disputa ética contemporánea es en realidad un debate entre Charles Darwin y el papa. Por un lado hay una (in)moralidad secular que encuentra aceptable y deseable usar y sacrificar individuos de forma despiadada. Por el otro está la moralidad cristiana que afirma que todo ser

humano tiene un alma inmortal y por ello es sagrado. En este contexto es interesante notar como, tras el estallido de la Primera Guerra Mundial, algunos darwinistas sociales eran pacifistas a causa de su darwinismo antiigualitario. Ernst Haeckel, el principal impulsor del darwinismo social, se opuso a la guerra porque en ella morían las personas equivocadas: «Cuanto más fuerte, sano y normal es un hombre joven, más probable es que sea asesinado por cuchillos, cañones y otros instrumentos similares de la cultura». <sup>1</sup> El problema era que los débiles y enfermos no podían entrar en el ejército. Se les exoneraba para que concibieran hijos, llevando así a la nación a su decadencia biológica. Una de las soluciones era obligar a todos los hombres a servir en el ejército y después, en la batalla, usar sin piedad a los débiles y enfermos como carne de cañón en ataques suicidas.

Lo que complica esta cuestión en la actualidad es que los genocidios se ven legitimados cada vez más en términos religiosos, mientras que el pacifismo es predominantemente ateo. Es la creencia misma en una meta divina superior la que nos permite instrumentalizar a los individuos, mientras que el ateísmo no admite esa actitud y repudia por tanto toda forma de sacrificio sagrado. No sorprende, entonces, que, como informaba AP el 12 de noviembre de 2006, Elton John admirase las enseñanzas de Cristo y otros líderes espirituales al tiempo que se oponía a todas las religiones organizadas. «Creo que la religión ha intentado siempre sembrar el odio hacia los homosexuales», declaró en el suplemento de música del *Observer*. «La religión promueve el odio y el rencor contra los gays. [...] Si pudiera, prohibiría la religión completamente. La religión organizada no parece funcionar. Convierte a las personas en borregos odiosos y no demasiado compasivos.» Los dirigentes religiosos han fracasado también a la hora de hacer algo respecto a las tensiones y los conflictos mundiales. «¿Por qué no celebran un cónclave? ¿Por qué no se reúnen?», se preguntaba.

El predominio de la violencia justificada religiosa o étnicamente puede explicarse por el hecho de que vivimos en una época que se percibe a sí misma como postideológica.

Puesto que las causas del gran público no pueden ser ya movilizadas para preparar el terreno de la violencia de masas (por ejemplo, la guerra) y puesto que la ideología hegemónica realiza constantes llamamientos a gozar de la vida y a realizarnos, a la mayoría le resulta difícil superar su repulsión a la tortura y el asesinato de otro ser humano. La inmensa mayoría de la gente es espontáneamente «moral»: matar a otro ser humano es algo traumático para ellos. Así que, para conseguir que lo hagan, se necesita una causa «sagrada» mayor, que hace que los insignificantes reparos respecto al asesinato parezcan triviales. La religión o la pertenencia ética realizan esta tarea a la perfección. Desde luego, hay casos de ateos patológicos que son capaces de cometer asesinatos en masa sólo por el placer de hacerlo, pero son excepciones. La mayoría tiene que ser «anestesiados» contra su sensibilidad elemental respecto al sufrimiento del otro. Por eso se requiere una causa sagrada.

Hace más de un siglo Dostoievski advirtió en *Los hermanos Karamazov* contra los peligros del nihilismo moral ateo: «*Si Dios no existe, todo está permitido*». El *nouveau philosophe* francés André Glucksmann aplicó la crítica de Dostoievski al nihilismo ateo al ataque terrorista del 11 de septiembre, como sugiere el título de su libro, *Dostoievski en Manhattan*. No podría estar más equivocado, pues la lección que debemos aprender del terrorismo actual es que si hay Dios, entonces todo, incluso volar por los aires a cientos de espectadores inocentes, les está permitido a los que afirmen actuar en nombre de Dios, en tanto instrumentos de su voluntad, puesto que un vínculo directo con Dios justifica nuestra trasgresión de cualquier obligación y consideración «meramente humana». Los comunistas estalinistas «ateos» son la prueba definitiva de ello: todo les estaba permitido mientras se percibiesen como instrumentos directos de su divinidad, la necesidad histórica de progreso hacia el comunismo.

La formulación de la suspensión fundamentalista de la ética religiosa fue propuesta por Agustín, que escribió: «Ama a Dios y haz lo que te plazca». A su vez, esto se convierte en «Ama

y haz todo lo que quieras», pues, desde la perspectiva cristiana, ambas afirmaciones al final valen lo mismo. Dios, después de todo, es amor. Desde luego, la clave está en que, si realmente amas a Dios, querrás lo que él quiere; lo que le place a él te place a ti, y lo que le disgusta te hace infeliz. Así que no se trata de que puedas hacer lo que quieras: tu amor por Dios, si es verdadero, garantiza que en lo que quieres hacer seguirás los estándares éticos más altos. Esto iría en la línea de un conocido chiste: «Mi novia nunca se retrasa en las citas, porque si se retrasa, deja de ser mi novia». Si amas a Dios, puedes hacer cualquier cosa que desees, porque cuando haces algo malo, eso es en sí mismo una prueba de que no amas realmente a Dios. No obstante, sigue siendo un mandato ambiguo, puesto que no existe ninguna garantía externa a tu creencia de que Dios realmente quiere que lo hagas. En ausencia de toda norma ética externa a tu amor y creencia en Dios, siempre está acechando el peligro de que uses tu amor a Dios como legitimación de los actos más terribles.

En el curso de la cruzada del rey San Luis, Yves le Bretón narraba como encontraron una vez una anciana que vagaba por la calle con un plato en llamas en la mano derecha y un cuenco lleno de agua en la izquierda. Cuando le preguntaron por qué iba de esa guisa, ella respondió que con el fuego quemaría el paraíso hasta que no quedara nada, y con el agua apagaría todos los fuegos del infierno. «Pues no quiero que nadie haga el bien para recibir el premio del paraíso, o por miedo al infierno, sino solamente por amor a Dios»<sup>2</sup>.<sup>19</sup> Lo único que cabe añadir es esto: entonces, ¿por qué no eliminar a Dios y simplemente hacer el bien por el bien mismo? No resulta sorprendente que hoy en día esta instancia ética cristiana sobreviva sobre todo en el ateísmo.

Los fundamentalistas hacen (lo que perciben como) buenas acciones para cumplir la voluntad de Dios y para merecer la salvación; los ateos simplemente las hacen porque es lo

---

<sup>2</sup> Hay una versión parecida en el islam sufí: «Oh, señor, si te rindo culto por miedo al infierno, hazme arder en él. Si te adoro por las esperanzas en el paraíso, prohíbemelo. Y si te adoro por ti mismo, no me prives de tu belleza eterna» (Rabi'a al-'Ada-wiyya de Basra, 713-801).



correcto. ¿No es ésta también nuestra experiencia de la moralidad más elemental? Cuando realizo una buena acción, no lo hago con la perspectiva de ganar el favor divino, sino porque no puedo proceder de otro modo. Y si no lo hiciera, no sería capaz de mirarme al espejo. Una acción moral es por definición la propia recompensa. El filósofo y economista del siglo XVIII David Hume, creyente, construyó su argumentación de un modo muy conmovedor cuando escribió que el único modo de mostrar un respeto auténtico por Dios es actuar moralmente a la vez que se ignora su existencia.

La historia del ateísmo europeo, desde sus orígenes griegos y romanos en *De rerum natura* de Lucrecio hasta los clásicos modernos como Spinoza, ofrece una lección de dignidad y valentía. Mucho más que por los estallidos ocasionales de hedonismo, está marcada por la conciencia del amargo resultado de toda vida humana, puesto que no existe una autoridad superior que vigile nuestros destinos y garantice un final feliz. Al mismo tiempo, los ateos se esfuerzan por formular un mensaje de alegría que no procede de la realidad, sino de su aceptación y del encuentro creativo del propio lugar en la misma. Lo que hace única a esta tradición materialista es cómo combina la humilde conciencia de que no somos los amos del universo sino simplemente parte de un todo mayor expuesto a distorsiones contingentes del destino, con una disposición a aceptar el peso de la responsabilidad de lo que hacemos en nuestras vidas. Dada la amenaza de una catástrofe impredecible que nos acecha por todas partes, ¿no estamos ante una actitud más necesaria que nunca en nuestros días?

Hace unos años hubo un curioso debate en Europa: ¿debía ser mencionado el cristianismo como parte clave de la herencia europea en el preámbulo de la Constitución europea? Al final se llegó a un acuerdo: el cristianismo se citaría junto al judaísmo, el islam y el legado de la Antigüedad. Pero ¿dónde estaba el legado más valioso de Europa, el del ateísmo? Lo que hace única a Europa es que se trata de la primera y única civilización en la que el ateísmo es una opción plenamente

legítima, no un obstáculo para obtener un puesto público. Este es un legado europeo por el que realmente vale la pena luchar. Dejando de lado que no necesita incentivar su propia postura escandalizando al creyente con afirmaciones blasfemas, el auténtico ateo rechaza además reducir el problema de las caricaturas de Mahoma al respeto de las creencias del otro. El respeto de las creencias del otro como valor supremo puede significar sólo una cosa: o bien tratamos al otro de un modo condescendiente y evitamos herirle para no arruinar sus ilusiones, o bien adoptamos la postura relativista de los múltiples «regímenes de verdad», descalificando como imposición violenta toda insistencia manifiesta en la verdad. Pero ¿y si sometiésemos al islam, junto a todas las demás religiones, a un análisis respetuoso aunque no por ello menos riguroso? Esto, y sólo éste es el modo en que se muestra un auténtico respeto por los musulmanes: tratándolos como adultos serios y responsables de sus creencias.